

no con este animalismo erótico de las regiones que el desierto lame con su lengua de fuego.

Dos muchachas siamesas simpáticas, risueñas, bestiales, de abultado estrapontín, como las hotentotas que llevan á la espalda á sus hijos parados en verticalidad perfecta, maravillas de *esteatopigia*, dijeron también, acompañadas de guitarras primitivas, guitarras de la época cuaternaria, unas melopeyas lentas, lánguidas y opacas. Tenían, desde medio muslo, las piernas y los pies desnudos, con unas ajorcas en los tobillos, capaces de servir de cintura floja á la menos esbelta de nuestras pollas. Y sin embargo, aquella pareja de paquidermos adolescentes, se movía con cierta graciosa agilidad sobre sus bases que parecían atacadas de elefanciasis. Hondamente hastiados, cansados y enervados, abandonamos aquel lugar.

*

De focos como éstos, irradian las líneas negras de una inmensa red de impureza cosmopolita que envuelve al Chicago nocturno. Centenares, millares de sacerdotisas de la Astarté internacional, vagan entre la sombra ó se reconcentran en el bajo y pestilente tugurio negro ó en magníficos palacios, donde los opulentos retretes en que se sacrifica á todos los vicios en todas las formas, semejan fragmentos vivos del *Festín de Babilonia* de Rochegrosse.

Un joven médico americano que ha estado en México y que nos acompañó á nuestro hotel, nos detallaba los ritos de estos nefandos cultos, que sería imposible transcribir, ni en latín siquiera. La civilización tiene sus inmensas cloacas á donde va todo lo que tritura, desorganiza y defeca, para hacer la dicha precaria de unos cuantos grupos selectos; es el sistema de *tout à l'égout*. En ese albañal florece, hija de la miseria y de la noche, la inmensa flor negra del vicio.



RUINAS

ESTAS formidables ciudades americanas no son para vistas en dos ó tres días; se hacinan de tal modo en el sensorio las imágenes y las impresiones, y cansan por tal extremo los esfuerzos para retenerlas, que acaba cualquiera por sentirse enfermo. Este Chicago renacido después del incendio de 1871 como por ensalmo—sesenta mil edificios en treinta años—con sus avenidas interminables, mal pavimentadas, bordadas de altísimos muros cuadriculados por aberturas iguales, sin ornamentación ninguna, especie de murallas ciclópicas que se suceden de manzana en manzana, á veces interrumpidas por edificios oscuros, ricamente columnados de mármol ó pórfido, ó por brechas cerradas con maderos y donde aun no hay construcciones, ó por casas en vía de erección, y que así, en inmensos bloques y por medio de mecanismos que funcionan admirablemente, se elevan á muchos metros sobre el nivel del suelo para dar entrada á dos ó más cuerpos nuevos, este Chicago parece á propósito para dejar en el cerebro la impresión y el recuerdo de una Babel de las regiones frías.

¡Y cómo van y cómo vienen y cómo parece que no se paran nunca los wagones, los carros, los coches, la gente, todo trabajosamente encajonado en el cauce de aquellas amplias calles y desbordándose en las esquinas con ímpetus de torrente y rumores de marea! Algunas veces tomábamos sin querer el paso de ataque de la corriente humana que nos comprimía y arrastraba; pero si alguna cosa logrará siempre un mexicano, es ser perozoso en medio de la actividad de un mundo, y vagar negligentemente en medio de cien mil individuos que corren montados y espoleados por el *jockey* impasible é implacable del amor al *dollar*. Nuestro compañero de paseo nos enseñaba en esta *Calle del Estado*, que yo creía que terminaba en San Luis Missouri, el límite á donde había llegado el incendio en 1871.

Y un recuerdo me bailaba en la memoria. A mí me hizo gran impresión este incendio, porque leí su descripción en *Le Journal des Débats*, cuya lectura fué para mí una necesidad desde que lo recibía el excelente y paternal anciano M. Guilbault, director peritísimo del *Liceo franco-mexicano*, en donde yo viví tres ó cuatro años. La descripción hablaba del inmenso primer tren de auxilio formado en New-York para socorrer á Chicago que ardía; éste partió á todo vapor y llegó á la ciudad incendiada, después de arrojar á su paso centenares de miles de llamamientos al pueblo americano, para que se aprestase á socorrer á la hermana abrasada: inútil es decir que esta voz no clamó en el desierto; fué oída. Al calor de estos actos de solidaridad humana, la enorme confusión de razas, lenguas y costumbres que se llama los Estados Unidos, ha logrado incubar un alma y esa alma es la Patria.

Poco antes de llegar á Chicago el tren paró; la vía atravesaba un bosque espeso que era presa en aquellos instantes de una formidable conflagración también. Obstáculo inesperado é insuperable. ¿Qué hacer? Pregunta del conductor: ¿los durmientes están quemados? Contestación: empiezan á quemarse. La excitación profunda que causa en el frío temperamento de los anglo sajones la presencia de un gran peligro, se ha convertido

en el yankee, en el deseo invencible de superar el obstáculo, poniendo de su parte, á fuerza de audacia, el azar, ó lo que llamamos así. El conductor del tren pronunció el *all right* sacramental y *go a head*. . . adelante, adelante, adelante, besados, lamidos, mordidos por las llamas, sofocados casi, y adelante, adelante. . . á todo vapor, á todo vértigo. . . y llegó el tren á la inmensa hoguera de Chicago, saludado por un ¡hurra! sin término.

El escritor francés presentaba á los latinos este hecho como ejemplo; así, les dice, así debemos movernos, así se hace, así se vence. Es verdad, así hay que moverse para no quedarse atrás; hay que pasarse la vida moviéndose, moviéndose y moviéndose. ¡Qué vida tan hermosa y tan terrible esta vida yankee, Dios mío! Cuando Prevost Paradol, nombrado ministro de Francia en Washington, la vió de cerca, se pegó un tiro. El maestro Spencer (desde entonces lo quiero más), interpelado en un banquete en New-York para que, en virtud de sus observaciones, formulase un consejo al pueblo americano, contestó: este es mi único consejo: señores, sentaos.

*

El frío se acentuaba en aquellos postreros días de Octubre; muy agradable cuando se traduce por la cristalización de todas las moléculas de agua de la atmósfera y su precipitación en flores de inmaculada espuma, como hace dos días en la nevada del Niágara, ó muy sabroso cuando el aire inmóvil y glacial baja cual bloque inmenso y en él inmerge el cuerpo que se deja picar y morder voluptuosamente en la piel, y flota ágil y vivo en la masa aérea, como un nadador en el agua fría y transparente; pero abominable cuando el viento sopla y fustigan las ráfagas y parece penetrar en los tubos de los huesos, como el que nos regaló el Michigan, mientras en un ligerísimo carruaje recorríamos el Parque Jackson, en que floreció, en gigantesca flora de yeso, de piedra y de hierro, la Exposición, la *Feria del mundo*, como aquí la llaman, y que hoy es un campo de ruina, aunque

no de soledad; no hay modo, pues, de citar la Elegía á las ruinas de Itálica.

Un ejército de trabajadores recogía los restos de los efímeros y ostentosos palacios que el oro yankee aglomeró en breve tiempo á orillas del lago, y que en unas cuantas horas deshizo el incendio; por todas partes llenaban de escombros el vastísimo parque, fragmentos de madera, de hierro, de piedra artificial, que acá y allá formaban tristes montículos; avanzando un poco, vimos las enormes masas de hierro del Palacio de las Máquinas, deformadas y torcidas por el fuego, formando un brutal y espantoso conjunto, como si una mano satánica hubiese hecho un amasijo de zócalos, columnas, traves y techumbres, y con él hubiese bombardeado la tierra desde un círculo del Infierno. Más allá de aquellas torres Eiffel caídas y convertidas en tirabuzones, tomamos la vía monumental que conducía al primoroso laguillo que estaba al pie del edificio principal de la Exposición incinerado casi por la hoguera formidable; la estatua rígida de la República, que surgía del agua, está ahí todavía, despostillada y lúgubre; ahí están las grandes estatuas de animales que bordaban la vía; ahí el colosal *marino* y el enorme *labrador*; todo muestra ya la osamenta bajo su deleznable musculación de *staff*; todo va á desaparecer, todo está en agonía, ¡y qué agonía! la infinitamente lívida agonía del yeso y del cartón-piedra.

Un espectáculo angustioso: el convento de la Rábida, copiado con notable exactitud á orillas del Michigán para hacer más característica la Exposición Colombina, aun está en pie: alza tristemente en aquel crepúsculo de ópalo sus paredes que nacieron viejas y sus esquinas gastadas, y abre sus puertas y ventanas desnudas, frías y sin luz como los ojos de un cadáver.... Al pie del convento está amarrada una reproducción de la Santa María; la carabela no se balancea, no se mueve, parece un ataúd saqueado, quieto y lamentablemente solo, en aquel rincón abrigado del viento, que apenas plegaba las olas como un hálito fatigado de moribundo.

El cuadro era siniestro; parecía un naufragio en que se hubiesen complicado en lúgubre conjura el tiempo y el espacio, los siglos, el olvido, el desprecio, y aquel sitio mortuorio y aquel expirar de día de otoño. Los empresarios de la *Feria* llamaron á España para decorarse con ella, con el empeño con que los advenedizos colocan en sus salones un viejo mueble histórico; España coqueteó con aquel pueblo musculoso y robusto, de quien temía y preveía un ultraje supremo. Mandó sus tesoros artísticos y arqueológicos, todo lo que simbolizaba el mágico encanto de su pasado heroicamente aventurero: las carabelas de Colón, y todo cuanto encarnaba la gracia aristocrática de su presente: la princesa Eulalia; el robusto y brutal moctón se quitó ante todo esto su gorra de marino, saludó y se sintió con más apetito que nunca.

Un pabellón alemán, un templo japonés, perfectamente conservados, bonitos y vulgares, formarán parte de la ornamentación definitiva de este parque, que va á ser poblado de árboles y flores, y será, de seguro, una maravilla dentro de pocos años. Lo más hermoso de todo cuanto perdonó el incendio y será consolidado y traducido en la eternidad de la piedra y del mármol, es este palacio de las Bellas Artes, en que un arquitecto europeo, según mis informes, sumó con verdadera elegancia y buen gusto algunas imitaciones muy puras de los monumentos helénicos; ese será el *Museo* artístico del Parque nuevo, superior, como aspecto, al famoso metropolitano de New-York, y soberbiamente situado entre jardines que sirven de marco al espejo vivo del lago.

*

Disponíamos ya de poquísimo tiempo; debíamos tomar el tren directo para el Paso antes de las nueve p. m., y el crepúsculo, la gran auréola pálida del sol, se había apagado en la sombra de abismo de la noche.

Tenía yo tal seguridad de no encontrar una sola estrella en el cielo, que ni por un momento tuve la ocurrencia de levan-

tar los ojos; prefería ver los primorosos juegos de luz eléctrica que los anunciadores multiplican en las calles. En un café de irlandeses, ó en donde cantaban irlandeses, hicimos alto. Una especie de cleriguillo pálido y ardiente como un jesuita regicida, declamaba más bien que cantaba una imprecación terrible contra los opresores ingleses: era la voz de la Irlanda norteamericana que recordaba el gran apóstrofe de Walt Whitman: «¡Oh! «Irlanda, ¡oh! anciana madre, una palabra: álzate del suelo sobre «que yaces abatida, con la frente hundida entre las rodillas; le- «vanta el velo de tus blancos cabellos en desorden, porque sá- «belo, Ese por quien lloras no está en esa tumba, es una ilusión; «el heredero, el hijo que amas no ha muerto aún; el Señor no «ha muerto; vigoroso y joven ha resucitado en otro país. Mien- «tras que llorabas junto á tu arpa rota, junto á tu arpa regia mu- «da ya sobre este sepulcro, el que llorabas había sido transpor- «tado á lo lejos; vientos propicios lo empujaron por la mar, y hoy, «hinchidas las venas con sangre de nuevo joven, prospera y crece «gigante en la tierra de una patria nueva».

Salimos, y en la primera encrucijada que atravesamos, presenciábamos un espectáculo con que ya estábamos familiarizados; en New-York habíamos asistido á él con frecuencia mis compañeros y yo.

Un grupo de seis ú ocho personas se habían instalado bajo un fanal eléctrico; treinta ó cuarenta circunstancias formábamos el obligatorio público de bobos con que cuenta toda manifestación al aire libre. Los actores de esta pequeña comedia característica, eran verdaderos tipos de impavidez: uno de ellos llevaba una bandera, otro un fanal semi-chinesco, el tercero un banco que pudiera servir de tribuna, otros dos tocaban sendos acordeones; cada uno de estos individuos era, al mismo tiempo, orador, corista, músico y porta-faros ó porta-estandarte. Era una sección del *salvation army*, del ejército de salvación; en aquellos momentos trescientos ó quinientos grupos idénticos á éste funcionaban en Chicago. Después de un himno ó salmo cantado con la música de uno de los aires en boga, sube uno de los

ocho individuos; todos llevan una especie de uniforme que consiste en una levita larga en guisa de sotana y un casquete como los de los jockeys ó ciclistas, y prorrumpe en un discurso lento primero, precipitado y vehemente al fin: tal fué el que nos tocó oír. Pintó el orador los estragos cada vez mayores que el vicio hacía en Chicago, é invitó á los que oían á filiarse en el ejército de salud. Después del discurso los dos individuos que delante del orador mantenían tendida la bandera americana, recogieron su lienzo, moviéronse los acordeones de lo lindo, el faro se levantó en alto, el jefe ó capitán entonó una ferviente jaculatoria á que hicieron todos coro con la música del *after the ball*, y después de recibir algunos óbolos, entre ellos los nuestros, continuaron su excursión.

Tengo muy pocos instintos militares; cuando leí *El Consulado y el Imperio*, me creí general; ¡qué diablo! M. Thiers, era un Mariscal de Francia, sin haber esgrimido en su vida otras armas que la lengua, la pluma y el tenedor; tan general me creí, que un general de veras, mi respetable amigo el Sr. Berriozábal, estuvo á punto de hacerme coronel provisorio durante el período en que el Sr. Iglesias se empeñó en constitucionalizar la oposición invencible del país á la reelección de un ilustre y obcecado repúblico. Pudo hacerme coronel, soldado nunca. Pero admiro á los soldados en el sacrificio, me encantan en forma de defensores heroicos de las causas buenas, y á veces hasta de las malas; son mi delicia desfilando pintorescamente al son de las fanfarrias bélicas, y les tengo cariño bajo las especies de alumnos del Colegio Militar. Y me parece digna de loa esta idea de un barbón puritano inglés, Mr. Booth, de redimir del vicio á la sociedad, formando, por medio de una música de quinto orden, de una elocuencia de sexto, y de un desprecio al ridículo de primera calidad, una gigantesca guardia social que cuenta sus soldados por centenares de mil, que arrostra las lapidaciones de las multitudes y las censuras de los sabios y los prudentes.

Las ciudades de Europa y los Estados Unidos han silbado despiadadamente las procesiones ruidosas del Ejército de salvación,

arrastrado por el lodo sus banderas de Circo, despanzurrado sus tambores y apedreado sus insignias. Bien ¿por qué? Convengo en que esa promiscuidad de entusiasmos súbitos de hombres y mujeres en favor de la regeneración social, y la forma que toman, se presta á la explotación de unos muchos por unos cuantos. ¡Vaya una novedad! Casi, casi pudiera decirse que esta es la forma de toda organización social, y el Siglo que ha inventado las sociedades anónimas, no puede arrojar la primera piedra. Yo me siento desarmado ante la tenacidad de estas valientes prédicas contra la borrachera y la prostitución. . . .

En un café de gente *non sancta* en Chicago se presenta una muchacha bonita, una antigua hetaíra; risas generales, curiosidad unánime; la muchacha sube tranquilamente á una mesa, toca en su violín una sonata tierna de esas que conmueven mucho á los sajones: murmullos; la muchacha en seguida cuenta su historia (la historia de Magdalena), é invita, con la voz impregnada de sollozos, á sus antiguas compañeras á hacer lo mismo que ella: silencio general.

A eso me resigno ante esta asociación ya enorme y rica y tolerada, ya no silbada, ya no lapidada, al silencio. ¡Ay! el silencio; pensar en el silencio teniendo en perspectiva cinco días de ferrocarril continuo, es un horrible suplicio.



LA POSTRER JORNADA

No había más remedio; yo he sido siempre hombre muy formal, hasta cuando fuí poeta—sabido es que en los poetas la informalidad es profesional,—y á fuer de formal tenía que cumplir mi compromiso de abrir un período de exámenes de historia el día cuatro de Noviembre, y el día cuatro de Noviembre debía estar y estuve en México; me fué sensible arrastrar en pos mía á mi inmejorable compañero de viaje, y dejar de visitar *Pullman City*, ciudad-fábrica que deseaba ver desde que el excelente Doctor Licéaga me hizo una pintura admirativa de ella, á la vuelta de su primer viaje á estas comarcas en compañía del General Díaz y su familia.

No había remedio; nos despedimos del amabilísimo Felipe Berriozábal que nos había acompañado de una estación á otra, dentro de Chicago misma, y adelante. Entré valientemente en mi camarote con ánimo de dormir; pero como no se duerme con el ánimo (¿con qué se duerme?) me entregué á la contemplación del paisaje que resultaba pensado más bien que mirado, gracias á una luna pudorosamente arrebujada en los primeros celajes